

sólo fué turbada muy de tarde en tarde por las exacciones de algun procónsul republicano.

III. — BATALLA DE LEUCOPETRA. — DESTRUCCIÓN DE CORINTO (146)

El ejército de Metelo, el *Macedónico*, estaba aún acantonado en medio de su conquista, cuando uno de los desterrados aqueos de vuelta al Peloponeso, Dieos, fué elegido estratega. Durante su magistratura, se renovó la eterna querrela entre Esparta y la liga, por las secretas intrigas de Roma. Esparta quiso otra vez salir de la común alianza. Luego al punto se armaron los aqueos, pero los comisarios



Ruinas del templo de Minerva Calmitis en Corinto

sus legiones, los confederados salieron á su encuentro hasta Escarfea en Locride (146).

Este ejército fué derrotado; pero armando hasta los esclavos, Dieos pudo reunir aún hasta catorce mil hombres, y apostado en Leucopetra, á la entrada del istmo de Corinto, esperó al nuevo cónsul Mummio. En las alturas inmediatas se apiñaron las mujeres y los niños para ver á sus maridos y á sus padres vencer ó morir en aquel terrible empeño. Y los vieron morir.

Corinto fué entrada á saco y entregada luego á las llamas, Tebas y Calcis arrasadas, y el territorio de las tres ciudades agregado al dominio público del pueblo romano. Las ligas aquea y beocia fueron disueltas, todas las ciudades que habían tomado parte en la lucha, dismanteladas y sometidas al tributo y al gobierno oligárquico, que era más fácil al senado tener en su dependencia que las asambleas populares. Los territorios sagrados, Delfos y Olimpia, en la Elide, conservaron sus privilegios; pero el prestigio de aquellos dioses que no sabían ya salvar á sus pueblos menguaba notablemente y á nacer iba la hierba al rededor de sus templos.

¡Un pueblo más borrado de la lista de las naciones! Los griegos habían llegado, en efecto, al fin de su existencia po-

romanos llegaron con un senadoconsulto que separaba de la liga á Esparta, Argos y Orcomene, las dos primeras por estar pobladas de dorios y la otra por ser de origen troyano, las tres, por consiguiente, extranjeras por la sangre para los demás miembros de la federación.

A la lectura de este decreto del senado, sublevó Dieos el pueblo de Corinto, los lacedemonios encontrados en la ciudad fueron asesinados y los diputados romanos sólo pudieron sustraerse á la misma suerte huyendo precipitadamente. Aquel pueblo que durante cuarenta años había temblado ante Roma, encontró al fin algún valor en el exceso de la humillación; arrastró en su resentimiento á Calcis y á los beocios, y cuando Metelo bajó de la Macedonia con

lítica, y ni tenían el derecho de acusar de ello á la fortuna. Triste es decirlo, para nosotros sobre todo, pero los que tienen la culpa, sin que los vencedores tengan razón, son casi siempre los vencidos. Recuérdese el cuadro que de la Grecia trazamos antes de que los romanos pusieran en ella el pie, y se reconocerá que este pueblo había cavado su fosa con sus propias manos. Quien no puede gobernarse obedecerá; quien no tiene previsión estará expuesto á todos los azares: es la ley universal. La anarquía hizo justamente esclavos á los que en mejores tiempos, el patriotismo y la disciplina habían hecho gloriosos y fuertes.

En verdad, aquella degenerada raza no merecía que Roma echara tanta prudencia en atraerla insensiblemente bajo su imperio. Como si el senado hubiera tenido presentes siempre las hazañas en otro tiempo acabadas por los griegos; como si hubiera temido que, precipitando las cosas, alguna bella esperanza viniera á renovar los laureles de Maratón y de Platea, había invertido medio siglo en obrar y hablar en son de dueño. Terminada la guerra contra los ilirios, hizo saber á los griegos que sólo por libertarlos de aquellos piratas habían pasado sus legiones el mar Adriático, y en la lucha con Macedonia pretendió combatir por su independencia. Después de Cinoscéfalos, trasformó sua-

vemente Flaminio en protectorado la amistad de los primeros días, y sólo después que toda fuerza quedó destruída en Macedonia, en Asia y en Africa, fué cuando hizo Mummio del protectorado una dominación. Y ni aun entonces fué la Grecia reducida á provincia. Este gran nombre imponía. Además, las ciudades más gloriosas, Atenas, Esparta y otras habían permanecido extrañas á la lucha empeñada por los aqueos, y muchos de éstos la habían sostenido débilmente. «Si no nos hubieran perdido pronto, se decía por todas partes, no habríamos podido salvarnos.» Querían decir con esto que una resistencia tenaz hubiera hecho implacables á los romanos, mientras una fácil victoria había desarmado su cólera.

En efecto, una vez consumadas las ejecuciones de los primeros días, y castigados los autores y cómplices de la guerra de una manera ejemplar por lo cruel, los griegos fueron tratados como vencidos cuya amistad quería granjearse Roma. Perdieron la libertad, pero conservaron su apariencia, conservando sus leyes, sus magistrados, sus elecciones, hasta sus ligas, que al cabo de algunos años les permitió el senado reanudar. Nada de guarnición romana en sus ciudades ni procónsul en el país. Pero desde el fondo de la Macedonia escuchaba el gobernador todos los rumores, vigilaba todos los movimientos, dispuesto á descender sobre la Hélade con sus cohortes y á renovar con alguna medida de rigor el espanto infundido en los ánimos por la destrucción de Corinto. En realidad, no quitaba á los griegos más que el derecho de solazar su país con la continuidad de las guerras intestinas.

Metelo tomó de Pela veinticinco estatuas de bronce que Alejandro había encargado á Lísipo para consagrar la memoria de sus guardias muertos á orillas del Gránico, y las colocó en frente de dos templos que erigió á Júpiter y á Juno, los primeros edificios de mármol que Roma poseyera. Después de estas construcciones, le quedó de su parte de botín, bastante dinero para construir un magnífico pórtico.

Mummio era un romano á la antigua; había conservado la rusticidad primitiva y no se le alcanzaba nada en achaque de elegancias griegas. Por seguir la costumbre, más bien que por amor á las obras de arte, arrebató de Corinto las estatuas, los vasos, los cuadros, las molduras que respetaron las llamas ó que no pudo él vender al rey de Pérgamo (1), y los hizo trasportar á Roma, donde exornaron los templos y sitios públicos. Para sí no se reservó nada y permaneció pobre; de tal modo que la república tuvo que dotar á sus hijas. Jamás sospechó siquiera que había cometido un crimen destruyendo la más bella ciudad de la Grecia después de un combate sin riesgo y por consiguiente sin honor ni gloria. Siempre creyó el ignaro y rústico romano que había acabado memorable hazaña y en su inscripcón consular, que se ha encontrado, se leen estas dos palabras en que hacía él consistir el honor de su consulado: *deleta Corintho*. Hizo muy bien aquel bárbaro en consagrar, después de su triunfo, un templo al dios de la fuerza, á Hércules vencedor.

En cuanto á los autores de la guerra de Acaya, el uno, Critolaos, desapareció de Escarfea; y el otro, Dieos, se dió la muerte, que no pudo, á pesar de su arrojo, encontrar en el campo de batalla. De Leucopetra huyó á Megalópolis, degolló á su mujer y á sus hijos, pegó fuego á su casa y tomó en fin un veneno.

Suscitando una lucha temeraria, estos hombres habían traído muchos males sobre su patria; pero á lo menos tuvieron valor para caer con ella y por ella. La abnegación absuelve de la imprudencia, y por nuestra parte, preferimos que la Grecia hubiera acabado así, en un campo de batalla, á que se extinguiera como la Etruria en un sueño letárgico. Así para los pueblos como para los individuos, importa saber morir bien. Los aqueos, únicos que que daron de pie en medio de los pueblos griegos derribados, debían este último sacrificio á la antigua gloria de la Hélade.

CAPITULO XXXII

REDUCCION DEL AFRICA CARTAGINESA Á PROVINCIA ROMANA

I. — CARTAGO, MASINISA Y ROMA

Los promedios del segundo siglo antes de nuestra era señalaron la hora fatal de tres de los grandes pueblos de la antigüedad: el año 148 cayó Macedonia; en 146 entregó sus armas y su libertad la Grecia; Cartago sólo fué un montón de ruinas. Otros dos menos ilustres sucumbieron también algunos años después: en 132 pereció en Numancia la independencia de España, y casi al mismo tiempo se derrumbó el reino de Pérgamo. En el espacio de diez y seis años, la Grecia, el Asia Menor, el Africa cartaginesa y España vinieron á ser meras provincias del nuevo imperio.

Desde la derrota de Zama la existencia de Cartago no había sido ya más que una agonía lenta (2). Encadenada

(1) Este príncipe ofreció seiscientos mil sestercios por un cuadro de Aristides, de Tebas (Strab., VIII, 381; Plin., *Hist. nat.*, XXXV, 8).

(2) Para toda esta guerra no tenemos más que la *Libya* de Apiano, muy pocos fragmentos de Polibio y los compendios; pero es probable que Apiano tomara su narración de Polibio, testigo ocular de los hechos.

por la prohibición de hacer la guerra sin el consentimiento del senado, no podía rechazar las invasiones del ávido Masinisa. «Los cartagineses, decía el nómada, no son en Africa sino extranjeros, que arrebataron á nuestros padres el territorio que poseen. Al principio compraron el espacio que podía comprender una piel de buey cortada en tiras ó correas: todo lo que ahora tienen más es el fruto de la injusticia y de la violencia.» Y siempre que veía ocasión favorable les quitaba una provincia. En 199 comenzó esta especie de reivindicación: en 193 les arrebató el rico territorio de Emporia que les abría el camino del interior de Africa, y once años después hizo nuevas invasiones. A estas violencias sólo oponía Cartago quejas que enviaba á Roma; pero seguro de Masinisa el senado, lo dejaba siempre en quieta y pacífica posesión de lo usurpado. Alentado con esta parcial tolerancia, invadió el africano en 174 la provincia de Tisca y setenta ciudades. «Si no podemos defendernos, decían á los romanos los enviados cartagineses, á lo menos decidid lo que queréis que se nos usurpe.»

Sucedía esto en vísperas de la guerra con Perseo: el se-

nado se indignó, al parecer, prometió justicia y árbitros (1), pero el negocio se arrastró con languidez, y cuando la victoria de Pidna presentó ya la iniquidad sin peligro, envió el senado algunos comisarios con Catón. Cartago se negó a someterse a un tribunal en que su enemigo había ganado su causa de antemano, y con esto, conservó Masinisa el territorio en litigio. Pero Catón hubo de encontrar con sorpresa y cólera, rica, poblada y próspera a Cartago, y cuando el rencoroso anciano volvió a Roma, dejó caer como al descuido, en medio de la curia, unos higos que llevaba en el pliegue de la toga. Los senadores no pudieron menos de admirar la excelencia de la fruta: «La tierra que los produce, dijo entonces Catón, está sólo a tres jornadas de Roma.»

Desde aquel día no cesó de repetir al final de sus discursos: «Y además, yo creo que es preciso destruir a Cartago, *delenda est Carthago*.»

Los Escipiones tenían una política más noble. No desagradaba a los que no habían pedido la extradición de Aníbal, después de la victoria de Zama, dejar subsistir, como adorno del nuevo imperio, la mayor ciudad comercial del universo: podía ser útil y no podía ser ya peligrosa, como quiera que se le habían cerrado todos los países en que reclutara antes sus mercenarios. Añádase que los Escipiones tenían para su patria la embriaguez de la victoria; que temían igualmente el abandono de la disciplina y de las costumbres en medio de las riquezas y de la seguridad; que querían que los romanos tuvieran siempre un peligro que temer para que permanecieran siempre unidos y fuertes. Esto es sin duda más filosófico, pero menos romano. La política de Catón venció; y a pesar de la docilidad de Cartago y de su empeño y solicitud en rivalizar con Masinisa en munificencia con Roma, se decidió su ruina. *Delenda est Carthago*.

Esta desgraciada ciudad estaba aún desgarrada por tres partidos ó facciones: los amigos de Roma, los de Masinisa y los patriotas. Estos, en 152, expulsaron a los partidarios del rey, que, pretextando un atentado contra sus dos hijos, tomó la importante plaza de Orosco. Esta vez los cartagineses enviaron 50.000 hombres contra Masinisa. Estaba a la sazón en Africa Escipión Emiliano; siguió a los dos ejércitos y espectador desinteresado vió desde lo alto de una colina degollarse ciento veinte mil bárbaros. Esta sangrienta batalla valía más que un combate de gladiadores y el ilustre romano confesó que le había producido el espectáculo un placer digno de los dioses (2). Masinisa que contaba ya la avanzada edad de ochenta y ocho años, montaba en pelo un velocísimo caballo, se batió como el soldado más fresco, robusto y bravo: el ejército cartaginés fué exterminado (151).

II. — TERCERA GUERRA PÚNICA (149-146)

Los romanos se apresuraron a entrar en campaña para no dejar al vencedor tan rica presa. Fuera de esto, sabíase también en Roma que los cartagineses habían hecho recientes gestiones en España para arrastrar a un levantamiento.

(1) El senado solía tener ciertos miramientos con Cartago: en 187 Minucio Mirtilo y M. Manlio, acusados de haber maltratado a unos embajadores cartagineses, fueron entregados por los feciales en manos de aquellos enviados y conducidos a Cartago; Tito Livio, XXXVIII, 42.

(2) Apiano, *Lib.* 69-75. En los *Ephemerides* de Tito Livio se dice que los embajadores del senado romano hubieron de encontrar en Cartago grandes cúmulos de materiales para las construcciones navales, y que sólo pudieron sustraerse a los rencores y violencias del pueblo huyendo precipitadamente.

to a los lusitanos y favorecido y alentado en Macedonia la intontona de Andriscos. En vano proscribió Cartago a los promovedores de la guerra y envió embajadores a Roma. «Dad satisfacción al pueblo romano,» decían los Padres Conscriptos; y cuando los embajadores preguntaban qué satisfacción habían de dar: «Bien debéis saberla,» contestaban. Y no pudieron obtener contestación más explícita (149).

Viendo Utica amenazada a Cartago, se entregó a los romanos: Utica era para ellos un puerto y una fortaleza a tres leguas de Cartago. Sin demora partieron con numerosa flota y ochenta mil legionarios, los dos cónsules Manlio y Censorino.

Otros embajadores llegan entonces. «Los cartagineses, dicen, se ponen a discreción del pueblo romano.» Se les promete la conservación de sus leyes, de su libertad y de su territorio; pero han de enviar a Lilibea trescientos rehenes; y entregados los rehenes, declaran los cónsules que sólo en Africa darán a conocer sus últimas resoluciones. Y pasan la mar con su formidable ejército, sin que Cartago, confiada en la paz prometida, envíe a su encuentro una sola galera.

Llegados que fueron a Utica, piden a los cartagineses sus armas, y ellos entregan sin resistencia ni retardo más de doscientas mil armaduras, tres mil catapultas y un número de dardos de todas clases. «Ahora, les dicen los cónsules, abandonaréis vuestra ciudad é iréis a estableceros a diez millas, en las tierras.» No cabe perfidia más infame. Y todavía añaden los cónsules la irrisión: Censorino les pondera las ventajas de la vida del campo, lejos de la engañosa mar, cuya vista despertaba recuerdos pesados y mantenía peligrosas esperanzas (3).

Eran todavía los cartagineses en número de 700.000, y la indignación despertó a aquel pueblo inmenso. Los patriotas se apoderaron del poder y pasaron a cuchillo a los partidarios de Roma. Cerráronse las puertas, se transformaron los templos en talleres, y de día y de noche sudó sangre la industria fabricando instrumentos de guerra: las mujeres dieron sus largos cabellos para hacer cuerdas; se emancipó a los esclavos, que se alistaron en el nuevo ejército, y Asdrúbal, uno de los jefes del partido popular, sostuvo la campaña con veinte mil hombres, que no había querido desarmar.

Cuando los cónsules avanzaron para tomar posesión de la ciudad, encontraron con sorpresa cerradas sus puertas, y guarnecidos de defensores sus muros; queriendo entonces tomarla por fuerza dieron hasta tres asaltos, pero fueron rechazados enérgicamente las tres veces. Sus máquinas de guerra y buena parte de su flota fueron pasto de las llamas. Detrás de ellos, se levantaban en son de guerra los habitantes del campo y Asdrúbal reunía ya en el de Neferis hasta setenta mil insurgentes. A pesar de sus ochenta mil legionarios, la posición no dejaba de tener sus peligros para los cónsules.

Servía en el ejército como tribuno legionario un hijo de Paulo Emilio, adoptado por el segundo hijo del Africano, por lo cual reunía los nombres de sus dos familias Escipión Emiliano. Ya se había distinguido en España, donde hubo de vencer en singular combate a un guerrero de estatura gigantea, y mereció una corona mural por haber sido el primero que subió a los muros de una plaza enemiga. Un día, delante de Cartago, toda una columna de ataque hubiera perecido, a no haber acudido él en su ayuda con una fuerza de reserva. Y otra vez salvó el campamento de Ma-

(3) *App., Lib.* 74, 81; *Strab., XVII, 833.*

nilió atacando rápidamente la retaguardia del enemigo. Todavía le debió el ejército su salvación en una expedición mal dirigida contra Asdrúbal. Otros servicios igualmente importantes aumentaron su reputación entre los soldados y su fama en Roma. Sedujo a un general cartaginés, que se pasó al campo romano con dos mil doscientos jinetes, y disipó las sospechas de Masinisa, que moribundo entonces, lo encargó de repartir sus Estados entre sus tres hijos: de vuelta al campamento, se trajo a uno de ellos, a Gulusa, con numerosa tropa (149).

Calpurnio Pisón que ejerció el mando durante el año 148 dejó perecer la disciplina del ejército y fué rechazado de Clípea y de Hipona: fué otro año perdido. Escipión, que había ido a Roma a solicitar la edilidad, fué elegido para el consulado y tomó la dirección de aquella guerra (147), que con él hubo de tomar un nuevo aspecto. Ante todo restableció la disciplina imponiendo al soldado el deber y el hábito de la obediencia, del valor y de los trabajos penosos, sin lo cual era imposible la victoria. Cartago estaba situada en un istmo, y lo cortó con un foso y un muro de doce pies de alto. Para condenar al hambre a sus habitantes, todavía faltaba cerrar el puerto y echó un dique a su entrada de 92 pies de ancho en su base y 24 en su vértice. Pero los cartagineses abrieron en la roca una nueva salida hacia alta mar, y una flota construída con los despojos de sus casas estuvo para sorprender las galeras romanas. Después de todo un día de esfuerzos, rechazó Escipión al enemigo en el puerto y guardó la entrada emplazando ingenios que cubrían de dardos todo el paso.

Dejando que el hambre causara en la ciudad sus horrosos efectos, fué, durante el invierno, a forzar el campamento de Neferis, y a destruir el ejército, que era la única esperanza de Cartago. A la vuelta de la primavera (146), vino a renovar las operaciones de sitio y tomó la muralla que cerraba el puerto Cothon. Con esto, los romanos estaban ya en Cartago; mas para llegar a la ciudadela Birsá, situada en el centro, fué preciso atravesar largas y estrechas calles, donde los habitantes hicieron encarnizada resistencia, atrincherados en sus casas.

Seis días y seis noches tardó el ejército en llegar a la ciudadela, de la cual salieron cincuenta mil hombres bajo la promesa de respetar sus vidas: quedaban mil y cien tráfugas refugiados con Asdrúbal en el templo de Esculapio. Hasta entonces, diga lo que quiera Polibio, Asdrúbal había dirigido la defensa con habilidad y valor; pero un momento de debilidad lo deshonoró. Asdrúbal fué a pedir la vida a Escipión, el cual lo mostró a los tráfugas prosternado a sus pies.

Su brava mujer no quiso seguirlo en su deshonra: con resolución varonil subió a lo más alto del templo, vestida con sus mejores galas, y desde allí dirigiéndose a Escipión le dijo: «No dejes de castigar a ese infame que ha hecho traición a su patria, a sus dioses, a su mujer y a sus hijos. Y tú el más vil de los hombres ¡oh Asdrúbal! ve a dar lucimiento al triunfo de tu vencedor y a recibir en Roma el premio de tu cobardía.» Y en diciendo esto, degolló a sus dos hijos y se precipitó en medio del incendio a que los tráfugas habían apelado en su desesperación.

Escipión abandonó al pillaje aquellas ruinas humeantes, después de haber reservado para el tesoro público el oro, la plata y los donativos depositados en los templos. Para sí no quiso nada Escipión; pero invitó a los sicilianos a apoderarse de los trofeos que Cartago había logrado en sus victorias sobre Agrigento y Siracusa.

Vino luego la intervención del senado: sus comisarios hicieron del territorio cartaginés una provincia; derribaron lo

que aun quedaba de pie en la ciudad, y con las más terribles imprecaciones consagraron a eterna soledad el sitio en que Cartago se había levantado.

Desde lo alto de una colina veía Escipión la obra de destrucción; enfrente de aquel imperio hundido, de aquel pueblo aniquilado, de aquella inmensa y famosa ciudad de que muy luego no iba ya a quedar piedra sobre piedra, hubo de sentirse conmovido, y en vez de la embriaguez de la victoria, se deslizó en su alma un pensamiento melancólico. Pensó en el porvenir de Roma, y Polibio le oyó repetir con tristeza estos versos de Homero: «Un día también verá caer a Troya la ciudad santa y su pueblo invicto» (1).

¿Hubiera valido más que Roma, satisfecha con la posesión de Italia, hubiera vivido en paz con su gran rival africana y que a uno y otro lado del canal de Malta hubieran los pueblos seguido sus destinos sin chocar: Cartago, desarrollando el comercio, que es uno de los grandes factores de la civilización; Roma, limitando su ambición a dar la paz a Italia y hacer que irradiara en el Occidente la luz que recibía de la Grecia? Sentar así la cuestión es resolverla. Pero ¿dónde se demostró nunca tanta sabiduría?

Los pueblos enemigos luchan por la dominación; las ciudades rivales por la existencia. Entre éstas, toda guerra es de exterminio y todos los medios conducentes a este fin son legítimos. Así habían desaparecido ante Roma Alba la Longa, Veyos, Volsena, Capua, Siracusa: así también cayó Cartago. Pero los romanos pusieron en esta obra de destrucción tal y tanta perfidia que la historia no puede ya hablar de la fe púnica, ante la fe romana mucho más desleal y condenable.

Con todo eso, si la opinión de los hombres de aquel tiempo y las circunstancias políticas eran tales, que fuera necesario que una de las dos ciudades desapareciera, no debemos sentir que Roma saliera victoriosa.

¿Qué progresos debe la humanidad a Cartago? En nuestros días en que el comercio está en honor muy justamente, se ha querido revisar en nombre de la ciencia económica el juicio de los siglos. Enlazando el presente con el pasado, la preocupación de los intereses materiales ha hecho deplorar la destrucción de aquella potencia que debía unir el mundo con los pacíficos lazos del comercio, como Roma lo unió con los sangrientos vínculos de la victoria. Pero hay guerras fecundas, como hay paces destructoras, y los pueblos como los individuos viven en la posteridad, no en razón de lo que hicieran para sí mismos, sino por lo que legaran a las generaciones siguientes. ¿Qué son las factorías de Cartago al lado de aquellas colonias griegas que se llaman Mileto, Efeso, Focea, Rodas, Bizancio, Alejandría, Cirene y Marsella? ¿Qué son tampoco en paralelo con aquellas grandes ciudades si-

(1) Ἐσσεταὶ ἡμᾶρ ὅταν ποτ' ὀλόγη Διὸς ἰρή
καὶ Πριάμοιο καὶ λαὸς Ἑμμέλῳ Πριάμοιο.
(Polib., XXXIX, 3.)

No estaba en lo justo Escipión abrigando estos temores. Roma era más fuerte y valía más que Cartago: los imperios creados por el comercio descansan en frágil base y basta un violento choque para derrumbarlos; algunos se derrumban de suyo bajo el peso de sus mismas riquezas; otros mueren heridos indirectamente. Cerrando los partos al comercio de Oriente el camino de tierra, y abriéndole el Egipto y el mar Rojo los Tolomeos, arruinaron la Fenicia; el descubrimiento del Cabo de las Tormentas por Vasco de Gama, hirió de muerte a Venecia; el Hansa sucumbió, porque la importancia del comercio del Norte desapareció, así que se establecieron relaciones directas por mar con el Oriente; la Holanda, en fin, Portugal y España, países enriquecidos por el comercio de Oriente, del Norte de la Oceanía y de América, fueron su plantados por Inglaterra, gracias a la extensión que su comercio tomó en las dos Indias. Un día el Nuevo Mundo, situado entre Europa y Oriente, heredaría tal vez la prosperidad comercial de Inglaterra.

cilianas é italianas que supieron como Cartago encontrar la riqueza, pero que al mismo tiempo fueron ardientes focos donde se elaboraron las maravillosas obras del arte y del pensamiento? Aun en aquella tierra de Africa, que tanto tiempo tuvo bajo su dominación, ¿qué dejó Cartago? Su lengua, que seiscientos años después hablaban aun los contemporáneos de San Agustín; pero ni un monumento, ni un libro. Sus instituciones son un problema de que Aristóteles y Polibio dan soluciones diferentes; sus artes no produjeron más que informes figuras, sólo dignas de los insulares de la Oceanía; nueva prueba del genio iconoclasta de las razas semíticas; y á la suma de ideas ya esparcidas por el mundo, no añadió absolutamente nada. Si de Roma no nos hubieran quedado más que las inscripciones de sus sepulcros, podríamos reconstituir con ellas su organización civil y militar, su filosofía y su religión; mientras las este-

las funerarias de Cartago sólo nos revelan una devoción estéril.

El recuerdo de una brillante fortuna comercial, de una religión cruel y de una audaz circunnavegación, algunos fragmentos de viajes (1), algunas recetas de agricultura, de que los latinos no tenían necesidad; en fin, el honor de haber detenido por espacio de un siglo los destinos de Roma, y en la última hora, el generoso ejemplo de un pueblo entero que no quiere sobrevivir á su patria: he aquí toda la herencia de Cartago.

Grecia y Roma nos legaron otra cosa. No se diga que los romanos lo destruyeron todo: Mummio y Sila no fueron menos terribles en Grecia que Escipión en Africa; y sin embargo, la civilización no se perdió bajo los escombros de Corinto y Atenas: el espíritu es como el fuego del templo; se encuentra aun bajo las ruinas.

CAPÍTULO XXXIII

SUMISION DE ESPAÑA Y DEL ASIA PERGAMENSE

I. — SUMISION DE ESPAÑA (178-133)

Cartago, Macedonia y Corinto habían sucumbido: España resistía siempre. Y es que no tenía grandes ciudades por donde poderla asir, ni en sus pueblos del centro y del Oeste grandes riquezas muebles, móviles, portátiles, que excitando la codicia de los campesinos del Lacio hicieran los reclutamientos numerosos: estaba también muy lejos. De Siracusa á Cartago, de Brindis á Dirraquio, la travesía era corta y poco peligrosa, y por la Tracia ó las Cícladas se iba también fácilmente al Asia. No con tanta facilidad podía hacerse el viaje á España: en vez de hacer rumbo directo de Ostia á Cartagena cruzando el mar Tirreno, tenían que remontar lentamente las legiones el litoral etrusco hasta el magnífico golfo de Spezia, *Luna Portus* (2), donde los romanos habían establecido un arsenal marítimo, que ha venido á ser el Brest y el Tolón de los italianos modernos (3). Embarcados en este puerto, costeaban con precaución la Liguria, abrigando sus navíos tras las rocas de las playas al menor indicio de tempestad y guardándose muy mucho de las emboscadas de los montañeses, siempre que era menester saltar en tierra. Del Var al Ródano se pasaba más rápidamente por delante de las factorías amigas de los masalio-

(1) Salustio (*Jug.*, 20) habla, sin embargo, de algunos historiadores cartagineses; pero lo que de ellos toma es bien extraño. El senado romano, en vez de destruir los libros encontrados en Cartago, hizo traducir la obra de Magón sobre agricultura y dió las otras á los príncipes de Africa, sin duda después de haber reconocido que no había otro provecho que sacar de ellas. (Plin. *Hist. nat.*, XVIII, 22.) Nosotros tenemos la versión griega del viaje de Hannón y una versión latina de algunos fragmentos del viaje de Himilcon.

(2) Penetra, en efecto, más de 11 kilómetros tierra adentro, y todavía existe á su entrada una pequeña ciudad que Tolomeo llamaba Puerto de Venus (*Porto Venere*).

(3) Estrabón, que lo llama también *Σελήνη; λιμὴν*, lo considera como el más bello puerto del mundo. Tito Livio hace de él punto de reunión de todas las flotas romanas (XXXIV, 8, y XXXIX, 21, 32). Ennio lo celebra:

Lunai portum, est opera, cognoscite, cives!

Y Perseo que allí habitó lo admira:

*Qua latus ingens
Dant scopuli et multa litus se omne receptat.*

(Sat., VI, 7, 8.)

tas; pero del Ródano á los Pirineos había que tener mucha prudencia para atravesar aquel mar llamado justamente el golfo del León. El desembarco se hacía en Ampurias y con más frecuencia en Tarragona: desde aquí tenían las cohortes que andar aun hasta llegar á la región, donde estaban las tropas que habían de relevar, y que de ordinario operaban al otro extremo de España.

Todas estas circunstancias explican cómo necesitaron los romanos tres cuartos de siglo para acabar con las insurrecciones de los españoles, cuando les bastaron algunas campañas para domar reinos famosos.

Desde la pacificación de este país por Sempronio Graco en 178 hasta el año 153, la tranquilidad de ambas provincias no fué turbada más que por una sublevación de los celtíberos. En 170, un fanático de religión y patriotismo recorría los villorrios de la Celtiberia enseñando una lanza de plata que suponía haber recibido del cielo,

y ante la cual iban á huir despavoridas las legiones romanas. Una noche procuró penetrar en la tienda del cónsul y fué muerto por los guardias: su muerte desbarató la insurrección. Este movimiento indica que no estaba aceptada todavía por España la dominación romana. Tenía, en efecto, demasiadas minas de oro y plata para no excitar la codicia de los pretores, y estos eran demasiado ávidos para hacer escrúpulos de ninguna extorsión; de tal manera que en medio de las inquietudes de la guerra con Perseo, se vió el senado en la precisión de parecer justo é interpuso su autoridad. Pero la nueva nobleza sólo de tarde en tarde se acordaba de la antigua austeridad, y los pretores siguieron yendo á España á reparar su hacienda, disipada en Roma en comensaciones y liviandades ó en las escandalosas profusiones que precedían á las elecciones.

(4) *ÆTERNITATIS AUGUSTÆ CIVITATIS VICTRIX T(OCATA) T(ARACO)*. Templo de ocho columnas. Reverso de una moneda de Augusto acuñada en Tarragona.



Moneda de Tarragona (4)

En 153, un emisario de Cartago encontró á los lusitanos bastante irritados para impelerlos á la sublevación. Un pretor y nueve mil soldados murieron en la refriega, y para decidir la defección de los montañeses del centro de la península, les enviaron los vencedores los estandartes conquistados en el campo romano. Uno de los pueblos celtíberos, destinado á gloriosa fama, los arevacos de Numancia, se levantaron en armas y derrotaron tres veces al ejército enviado contra ellos. Una perfidia de los romanos pareció dar buen resultado al principio: Galba, vencido por los lusitanos, fingió tratar con ellos, los dispersó ofreciéndoles tierras fértiles; después cayó sobre los confiados y desprevenidos montañeses, mató treinta mil de ellos y se hartó de botín, lo mismo que sus soldados.

En la Celtiberia, deshonraba también la fe romana el cónsul Lúculo con una conducta idéntica. A duras penas había encontrado soldados: desde que el pillaje, poco productivo por otra parte, se había mezclado en una guerra mortífera, nadie se prestaba á la leva. Fué preciso que Escipión Emiliano afeara y reprendiera esta cobardía á la juventud romana y fuera el primero en dar su nombre para hacer alistamientos. Lúculo atacó sin motivo á los vaccenses, que vivían en buena inteligencia con Roma, y sitió una de sus ciudades, Cauca, donde se habían encerrado una multitud de hombres. Vivamente estrechados por el sitiador, trataron los habitantes y abrieron sus puertas. Lúculo, á pesar del tratado, en que se salvaban las vidas, pasó á cuchillo veinte mil y vendió el resto como esclavos. Así, en caso análogo, no quisieron entregarse los habitantes de Interca, sino bajo la garantía de la palabra de Escipión (150).

De la matanza de los lusitanos pudo escaparse un hombre llamado Viriato, antiguo pastor que conocía todos los senderos y pasos de las montañas y que fué el primero de esos heroicos caudillos que en todos tiempos encontraron los españoles. Comprometidos diez mil compatriotas suyos en una difícil posición, donde no podían luchar ni huir, Viriato los salvó por caminos que parecían impracticables. Su pueblo no quiso ya otro caudillo (147) y por espacio de cinco años hizo á los romanos una guerra de sorpresas y escaramuzas, en que perdieron sus mejores soldados. Sin embargo, comprendió que los lusitanos solos no podían salvar á España ni aun su propia independencia, y sublevó á los celtíberos.

Esta unión con el pueblo que ocupaba el centro de la península dió ya un carácter más grave á la guerra, y el senado envió contra los celtíberos uno de sus mejores generales, á Metelo el Macedónico, que los hostigó durante dos años (143-142) y tomó casi todas sus ciudades. Pero esta poderosa diversión favoreció los designios de Viriato, como quiera que el otro ejército romano al mando del cónsul Serviliano, quedaba solo expuesto á sus golpes. Encerrado en un desfiladero con su ejército, el cónsul no pudo evitar su completa destrucción, sino capitulando en los términos siguientes:

«En adelante habrá paz entre el pueblo romano y Viriato, y cada partido conservará lo que posee.»

Y los comicios ratificaron este tratado, que hubiera hecho morirse de vergüenza á los hombres de las generaciones precedentes (141).

Un nuevo general, Cepión, obtuvo luego autorización del senado para romper este tratado. Sorprendió á Viriato, que se abandonaba sin desconfianza á los juramentos recibidos, y lo rechazó á las montañas; luego, valiéndose del cohecho ganó dos asesinos, lusitanos por cierto, y estos traidores le dieron indigna muerte (140). Por espacio de ocho años había contrabalanceado el heroico Viriato la for-

tuna militar de Roma; pero su muerte desalentó á sus parciales. Ni siquiera tuvo Cepión que reñir una batalla para cubrir con algo de gloria la mengua de su cobarde perfidia: los lusitanos se sometieron de suyo y él los trasportó al seno de pueblos hechos ya al yugo de Roma, á orillas del Mediterráneo, donde Bruto, su sucesor (138-137), les hizo edificar á Valencia.

Este último caudillo tuvo que vencer aun algunas resistencias parciales: grupos numerosos recorrían el país; Bruto procuró domarlos á fuerza de hambre destruyendo todos sus cultivos y pasó al país de los galacios ó gallegos, hasta orillas del Océano, donde mostró á sus legiones el sol bajando al seno de aquellos misteriosos mares del Occidente, que levantaba incesantemente, según decían, la poderosa respiración de la tierra (1).

Bruto creía que la dominación romana había llegado á los términos del mundo. Sin embargo, á su espalda duraba aun la lucha de los héroes lusitanos. Metelo no había podido tomar todavía en la Celtiberia las ciudades Termancia y Numancia (2). La guerra de España, terminada al Sur por la muerte de Viriato y al Oeste por la expedición de Bruto, iba á concentrarse al Norte en las montañas que separándose de los Pirineos en las fuentes del Ebro, cierran al mediodía la cuenca de este río y dan nacimiento al Tajo y al Duero. La dificultad de los lugares, el indomable valor de los montañeses en defender este último asilo de su libertad, y sobre todo, la impericia de los generales romanos, dieron á este supremo esfuerzo de la independencia española las apariencias de una guerra peligrosa.

En 141 ajustó Pompeyo con los numantinos un tratado que no se atrevió á confesar en el senado, y su sucesor, Popilio Lenas, no se acercó á la heroica ciudad, sino para sufrir una derrota (138). El año siguiente el cónsul Mancino renovó la vergüenza de Serviliano: encerrado en una garganta sin salida por los bravos numantinos, les abandonó su campamento y sus bagajes y empeñó su palabra de suspender las hostilidades. Tan grande era ya la desconfianza inspirada por la buena fe romana, que hubieron de exigir los numantinos, para la observancia del tratado, el juramento de los oficiales de Mancino y de su cuestor Tiberio Graco, hijo de aquel Graco, cuya memoria veneraban los españoles (138).

El senado no quiso ratificar este tratado, y tomando de los antiguos tiempos solamente los ejemplos que se avenían con las nuevas costumbres, repitió la escena que siguió al convenio de las Horcas Caudinas: desnudo y maniatado Mancino, fué entregado á los numantinos que no quisieron recibirlo. En cuanto á Tiberio Graco, el pueblo se opuso á que se le impusiera igual castigo (3).

Ni otros caudillos ni otros soldados supieron borrar esta afrenta. Para acabar con la pequeña ciudad española, fué preciso nada menos que enviar contra ella al mismo que había acabado con Cartago. Escipión comenzó por restablecer la disciplina, desterrando del campamento la molice y la ociosidad; con tan buenos propósitos expulsó dos mil

(1) Pomp. Mel., III, 1. Los fenómenos de las mareas del Atlántico eran objeto de admiración y asombro para los ribereños del Mediterráneo. Sin embargo, los antiguos habían observado ya la influencia de la luna en el flujo y reflujo del mar.

(2) Aun se ven las ruinas de Numancia á una legua de Soria, en una eminencia que sólo era accesible por un lado y tenía una legua de perímetro.

(3) Mancino tuvo valor para volver á sentarse en el senado; pero fué expulsado por el tribuno P. Rutilio, que sostenía que, entregado Mancino como cautivo al enemigo, había perdido el *ius civitatis*. Pero sus amigos invocaron en su favor el *ius postliminii*, ó el derecho de vuelta secreta, y una ley lo reintegró en sus derechos.